

**CARLOS A. DÍAZ BARRIOS<sup>1</sup>**

### **EL ORGANILLERO**

**T**res milagros diarios no estaba nada mal, y si se tiene en cuenta que un milagro produce un millón de kilovatios, tres milagros pueden iluminar una ciudad por un año consecutivo. Él buscaba el milagro cuando se quitaba su sombrero y le mostraba su rostro lleno de alas; buscaba los milagros azules, los que pasaban con sus caballos dormidos y barcos fantasmas dentro del carrito de helados. Era como el mejor relámpago el milagro que se anunciaba con una banda de música; el siguiente era la sonrisa de un transeúnte y el tercero era con aplausos.

Verdaderamente, el organillero los gobernaba con sus hilos invisibles y su cajita de música; los traía a su lado y luego sentía que la felicidad no era una montaña, pero puede llevarnos a la cima. Luego, al caer la tarde, recogía los milagros, los guardaba dentro del libro con caracteres Braille y empezaba a leer con las yemas de los dedos el color del amanecer.

### **EL QUE NUNCA VIO EL MAR**

Le gustaba cazar submarinos al amanecer, cuando venían por las aceras cubiertos de banderolas y estrellas del mar; luchaba con

<sup>1</sup> Poeta y narrador (Camagüey, Cuba, 1950) reside en Estados Unidos donde llegó en 1980 por el puente marítimo del Mariel. Su obra *Oficio de responso* obtuvo el Premio Hispanoamericano de Poesía “Juan Ramón Jiménez” en Huelva, España, y otras distinciones como el premio Letras de Oro, de la universidad de Miami en el género de poesía y el de la Beca de creación literaria Óscar B. Cintas de creación literaria.

ellos, los arrinconaba, los inmovilizaba, con las manos sangrantes por la lucha contra el metal. Lo más difícil era conquistar el periscopio, subir a la torrecilla y echar una mirada a la escalera llena de gaviotas y redes de pescar, pero valía la pena. Sobre la acera el monstruo de acero agonizaba sobre una mancha de aceite del mismo color que las alas de un pájaro; era su ceremonia, su lucha, matarlos, liberando marineros cubiertos de nieve, mascarones de proa que siempre tuvieron un corazón en los labios.

Siempre vencía al monstruo, doblégame su estela de pálidos ruiseñores, sus máquinas de acero negro; luego, lo hundía entre las yerbas, veía su agonía, sus banderolas de espumas, sus coronas fúnebres, sus salvavidas ciegos...

Entre las vidrieras de las tiendas de la ciudad a veces pasaban los barcos, pero a él no le importaban las naos, sólo los submarinos inmóviles, como amigos muertos.

## EL CAZADOR DE SOMBRAS

Daba vueltas y vueltas con el pájaro dentro del puño; pero acaso había un espacio dentro de sus manos para que pudiera volar un pájaro, para ver entre sus dedos la claridad del día, que se iba perfilando entre artes y festines de los abismos del sueño. Como animal sediento, soñaba con lo sediento; había algo complicado en todo aquello, una curvatura del aire que le impedía ver el otro extremo del envés de la hoja, o acaso el envés era lo que él había jurado que era la señal del maravilloso regreso. De lejos, el bosque era invisible, como la mano de Dios al tocarle la frente, un fuego maravilloso, un frío sin hielo en el calor de la duda; dónde estaba la complicidad, la parte que conocemos, la pregunta respondida, el infinito momento en que el universo es un pájaro de estrellas volando dentro de tus manos. Qué memoria de luz era su memoria recordada y qué olvido de sombras era su presente reconocido; como flecha que vuela en la oscuridad buscando el mar, o como recuerdo de otra vida que en algún momento es tu poesía. De lejos el bosque era inmenso, de cerca era su corazón sin miedo, su única limosna para perdonar; entonces abrió sus manos y el pájaro echó a volar...